



# EL VOTO ETERNO

CHRISTIE GOLDEN

El corazón de Wrathion se retorció de dolor y se abrasaba de furia. Manchas de intenso rojo oscuro empapaban la arena dorada mientras los que sangraban se hundían en la intemporalidad. En las Cavernas todo era intemporal, y era lo que albergaban lo que los dragones caídos de Azeroth habían muerto por defender.

Wrathion, Guardián de la Tierra, Aspecto del Vuelo Negro, convertía en vidrio la arena con el magma que exhalaba. Le seguía su fiel Vuelo, una ondulación reluciente de escamas de ébano que se mecía entre los remolinos de arena para contraatacar la marea de oscuridad infinita. Ya estaban todos tan libres como él de la locura que había maldecido al primer Aspecto de la Tierra. Neltharion, también llamado Alamuerte, había desaparecido. Solo permanecía como un recuerdo lejano, sin capacidad para hacer daño salvo cuando se rememoraban sus perversos actos.

Ahora, Wrathion dirigía el Vuelo Negro, que luchaba por proteger Azeroth junto a los otros cuatro Vuelos: Azul, Verde, Rojo y Bronce. Tenían un propósito común por fin.

Entonces llegó, como siempre: la sombra cayó sobre ellos.

Sobre él.

*No. No debo alzar la vista.*

Apenas había formulado el pensamiento cuando empezó a retorcerse chillando. Unas placas de metal empezaron a cubrirle el cuerpo y a contenerlo mientras se convertía en algo menos cercano a la carne que al fuego líquido. Terminada la horrenda transformación, aquel monstruo de odio e ira abrió sus enormes fauces de hierro. «¡Wrathion no existe!», gritó el ser de magma y metal. La voz era espantosa, sobrecogedora y... conocida.

—Solo existo yo, Alamuerte, ahora y por siempre —se oyó sisear Wrathion.

—Solo existo yo, Alamuerte, ahora y por siempre —  
se oyó sisear Wrathion.

Pero no era su boca la que lo decía.

Observó impotente cómo los Aspectos caían en picado sobre él y los dragones negros se volvían para acribillar a su viejo enemigo renacido. Solo veían en él a Alamuerte.

Lo que Wrathion veía eran chorros ardientes de fuego de dragón proyectados hacia él. Lo que oía era su propia voz, que bramaba: «Eres mi legado. Jamás podrás escapar de mi sombra».

Fuego hasta donde alcanzaba la mirada, calor, resplandor...

—¡Nunca seré tú!

Wrathion se irguió de un salto con la voz ronca por el grito. Tardó un buen rato en darse cuenta de que no estaba en las líneas temporales, atacado por su propia gente. Estaba a salvo en una mullida cama de la taberna Reposo Estival, en Pandaria.

Se fue orientando, respirando despacio, y se concentró en su entorno. Observó los mapas pegados a la pared; las sillas en las que se amontonaba ropa con mugre reseca; la mesa lacada, cubierta de botellas vacías y fajos de notas de sus viajes. En medio del desorden había un pergamino bien enrollado y cerrado con dos sellos de cera.

Llamaron a la puerta con suavidad. Al instante, Wrathion se esp-

abiló, se enfundó una toga bordada y se atusó la espesa mata de pelo negro. Sin duda, la pandaren de la puerta había escuchado los gritos de sus pesadillas, pero él no estaba dispuesto a reconocerlo.

—Entra —dijo con una voz que había recuperado su habitual timbre sedoso.

Mifan entró con una bandeja cargada de exquisiteces del lugar y empezó a despejar el desorden de la mesa para soltarla mientras ambos fingían que no había pasado nada en absoluto. Aún flotaba en el aire el terror de la pesadilla, pero a Wrathion le rugió el estómago al contemplar los pasteles de arroz, el té y los panecillos. Comer estaba bien. Lo devolvería a la realidad.

—¿Puedo ofrecerte algo más?

Wrathion se obligó a sonreír.

—No. Esto es todo. —Pero añadió—: Bien pensado, Mifan, ¿podrías traerme luego el almuerzo? Creo que me quedaré holgazaneando un rato, para variar.

Fingió no percatarse de que Mifan clavaba la mirada en las botellas de vino vacías.

—Será un honor servir a un huésped tan estimado. Si deseas cualquier otra cosa...

—Sí, sí, tocaré la campana, ya lo sé. Gracias.

Sacudió la mano para quitársela de encima; Mifan, impertérrita, inclinó la cabeza y cerró la puerta al salir.

Wrathion dejó escapar un suspiro y escogió un pastel de arroz mien-

## La melancolía que lo atormentaba en los últimos tiempos era constante.

tras se esforzaba por olvidar la muda acusación del pergamino. Mientras comía, se fueron desvaneciendo los tenaces jirones del sueño recurrente, pero persistían las preguntas. ¿Podría hacer algo para no seguir los pasos oscuros de Alamuerte? ¿Podría zafarse de la sombra? ¿O más bien acabaría sucumbiendo a ella?

Un dolor sordo en el pecho lo sacó de esos molestos pensamientos.

La melancolía que atormentaba a Wrathion en los últimos tiempos era constante.

Llevaba años investigando el misterioso lugar conocido como las Islas Dragón. No era una leyenda, pero bien podría serlo. Ni la famosa Isla Errante de Pandaria llegaba a ser tan escurridiza como aquel archipiélago.

Había buscado información en vano. Tantas cosas intentadas, tantos viajes realizados, tantos pactos cerrados... Cuánto esfuerzo para tan pocas respuestas. De las personas a las que interrogaba, la mayoría no sabía nada, y las que sí sabían algo parecían aleccionadas para no revelar nada más que retazos de información escasamente útil. Era irritante.

*Hablando de irritación...* Posó la vista una vez más en el pergamino.

Ahí estaba, provocándolo. Con un gruñido, lo agarró y lo desenrolló.

«LA PRIMERA ARCANISTA THALYSSRA Y  
EL SEÑOR REGENTE LOR'THEMAR THERON  
SOLICITAN EL PLACER DE TU COMPAÑÍA  
PARA UNIR SUS MANOS, CORAZONES Y ALMAS  
EN LA FINCA DE LUNASTRE.  
SE RUEGA ETIQUETA».

Wrathion resopló. *El placer de tu compañía, ¡ja!* Aquella boda, la unión de dos poderosos líderes, era un evento colosal en la historia de Azeroth, pero él sabía que lo invitaban por mera cortesía. Nadie de Azeroth querría tener un dragón negro en una gran ocasión como aquella, y menos a él. Exhibir a alguien que había tenido un peso decisivo en la derrota del dios antiguo N'Zoth y la salvación del mundo era interesante en términos políticos, pero ni la pareja ni sus importantes invitados considerarían un placer estar en su compañía.

Wrathion arrugó el pergamino con más fuerza de la precisa y lo lanzó a un rincón. Las bodas eran algo manifiestamente cursi, y esta tenía pinta de serlo aún más. Según los informes de sus agentes Garranegra, se trataba de un verdadero enlace por amor, que, para colmo, había prendido como una llama durante un concurso de poesía. Habría otras parejas felices y risueñas, familias con niños patosos, viejos amigos que se reencontraban...

Lo suficiente para revolverle el estómago a cualquiera.



Wrathion llegó a la Finca de Lunastre en plena ceremonia nupcial.

Tenía la esperanza de que estar allí le sirviera como distracción de sus insistentes pensamientos sobre la pesadilla y su búsqueda infructuosa de las Islas Dragón, y también para dejarse ver. Después de todo, merecía estar presente y codearse con la élite de Azeroth, sobre todo si debía convertirse en Aspecto del Vuelo Negro algún día.

En ese momento, todas las miradas estaban fijas en la ceremonia. Con su aguda vista de dragón, percibía los vestigios mágicos de la cúpula que antaño había cubierto Suramar; su delicada curva y el recinto arrasado que había mantenido el mal a raya eran fieles testimonios de las adversidades que habían afrontado los Nocheterna.

El dragón centró su atención en lady Liadrin, líder de los Caballeros de sangre, que, con su melena llameante, presidía el enlace de Thalysra y Lor'themar. Ante ella, los dos tortolitos estaban radiantes, había que admitirlo. Casi le costó reconocer a Lor'themar, a quien nunca había visto con otra cosa que una armadura y un gesto adusto, algo comprensible dada la historia de su pueblo. El líder de los elfos de sangre vestía ahora telas amplias y vistosas; con una cálida sonrisa, el guerrero se sometía al enamorado. El gesto de Lor'themar, sin perder la compostura, era ahora más suave y parecía iluminado por una serena alegría interior. Por su parte, Thalysra no intentaba contener su felicidad y sonreía abiertamente.

*¿T por qué no?*, pensó Wrathion. El lugar resplandecía con invitados llegados de todas partes. En pie junto a la novia estaban sus consejeros y antiguos compañeros de armas de la rebelión de los Caídos de la Noche.

Wrathion identificó al arcanista Valtrois, a Ly'leth Lunastre y a Silgryn y su búho Kal. El general forestal Halduron Alasol, amigo íntimo de Theron, mostraba su satisfacción, mientras que el gran magister Rommath, vestido de toga, se permitía una sonrisa.

Era aún más ostensible la diversidad de los asistentes. Thrall, anterior líder de la Horda y actual miembro de su consejo, estaba allí con su familia: su esposa Aggralan y sus dos hijos, Durak y Rehze. Los pequeños serían formales, supuso Wrathion, aunque sabía poco de niños... O nada en absoluto, en realidad, y no tenía intención de empezar a aprender ahora. Se fijó en la reina Talanji, que había acudido desde Zandalar con Zekhan, otro invitado menudo. Con ellos estaba Rokhan, líder de los trolls Lanza Negra. También vio al gran jefe Baine Pezuña de Sangre, quien, advirtió Wrathion con sonrisa torcida, había acudido con Mayla Monte Alto. Lillian Voss acompañaba a Calia Menethil, antigua princesa de Lordaeron y ahora integrante del Consejo Desolado de los Renegados. A su lado estaba su campeón, Derek Valiente. En otros tiempos, Wrathion había intentado proteger Azeroth por el procedimiento de enfrentar a la Horda y la Alianza para determinar qué bando era más poderoso; ahora comprendía que el futuro del mundo no dependía de la conquista, sino de la cooperación.

Mientras pasaba la vista sobre la congregación embelesada, se sintió orgulloso de la Horda, de Lor'themar y de Thalysra por haber invitado a la Alianza. Y también experimentó un acceso de respeto por la gente de la Alianza que había aceptado la invitación, como el lord coman-

dante Turalyon, regente de Ventormenta y protector de la Alianza, su compañera Alleria y su hijo medio elfo Arator, así como Mathias Shaw, que sin duda estaba allí para proteger al líder de la Alianza. Anduin, rey de Ventormenta sin trono durante los últimos años, siempre había creído en la posibilidad de una paz permanente entre ambos bandos y había promovido ese objetivo con discreta tenacidad, para admiración de Wrathion. Tras la Cuarta Guerra, las esperanzas de Anduin se habían tornado una prudente realidad, mientras que las de Wrathion se habían torcido y arremetían contra él en forma de sueño macabro.

La voz de Lor'themar interrumpió las cavilaciones de Wrathion. Estaba recitando sus votos... en forma lírica:

—Mi amada Thalyssra, el dolor nos trae el don de la alegría. La carga nos trae el don de su alivio. La tormenta nos trae el don del cielo claro. Desde este momento, prometo estar a tu lado en el dolor y en la alegría. Prometo compartir tu carga. Prometo atravesar contigo las tormentas y recrearme de todo corazón con el fulgor de las estrellas.

Wrathion nunca había visto tanto silencio en un lugar tan abarrotado.

Las lágrimas de Thalyssra rodaron como cristal fundido por sus mejillas violeta mientras respondía con voz clara, aunque tomada por la emoción, al tiempo que entrelazaba las manos con las de su futuro esposo.

—Lor'themar, corazón mío, los años pasados resuenan ahora con un pesar que no supe comprender hasta este momento. No sabía cuánto te

añoraba hasta que llegaste para calmar mi añoranza. Mi mundo se tiñe ahora de colores vibrantes y manifiesta la paleta de unos sueños antes ocultos. Con la palabra y las obras, con mente, cuerpo y corazón crearemos esta nueva existencia de dos como uno. Te amaré ahora y siempre, y más allá de siempre.

A Wrathion no debía haberle extrañado que expresaran sus votos en términos poéticos: era lo que había sellado su amor y siempre sería el lenguaje de sus corazones. Su propio corazón sintió un pellizco de aquel curioso dolor, y se frotó el pecho para aplacarlo.

—Ante todos los reunidos aquí y ante la misma Luz Sagrada— proclamó lady Liadrin—, con estas palabras confirmo que Thalyssra y Lor'themar han unido sus vidas, destinos y corazones. —Sonrió—. Que el amor y la luz brillen siempre sobre los dos.

Lor'themar levantó la cara, Thalyssra bajó la suya y, mientras sus labios se encontraban y se abrazaban uno a otro, estalló un fragor de vítores, aplausos y exclamaciones estridentes.

La intención de Wrathion era felicitar a los recién casados y marcharse al momento, pero, antes incluso de que acabaran de bajar del estrado, los invitados se arremolinaron en torno a ellos.

Levantó la vista hacia cielo. *Tendré que dar una vuelta hasta que la feliz pareja se vea menos acosada.*

Como era habitual, su presencia no pasó inadvertida mientras pugnaba por atravesar el gentío erguido y con la barbilla alta, como correspondía a un futuro Aspecto. Le gustaba recibir esas miradas de pasmo

y admiración; aplacaban el dolor de su pecho y devolvían a sus pisadas la confianza perdida. Había recorrido Azeroth a lo ancho y a lo largo en su travesía de autodescubrimiento, estudiando el mundo y aprendiendo todo lo posible sobre sus gentes. Había luchado al lado de los mayores héroes, incluso contra su propio pueblo, para proteger Azeroth. Con seguridad, todo esto bastaba para demostrar que no tenía nada en común con Alamuerte.

Una plácida sensación lo sorprendió al dejarse llevar por el ambiente, y ya había vuelto a ser él mismo cuando se sumó al bullicio del bar. Allí, además de relajarse bebiendo algo, también podría pegar la oreja a una o dos conversaciones interesantes. Algo le decía que este empeño daría sus frutos... ¿Cómo lo llamaban los goblins? *Lotería*.

Mientras esperaba su ansiada copa de vino de arco, se pegó a Taelia Fordragón de Kul Tiras. Estaba charlando con Kalecgos, el anterior dragón Aspecto azul, que mostraba su rostro de medio elfo y tenía la mano en el pecho como si hiciera una promesa. Parecía un poco apesadumbrado.

—El lord almirante está bien —decía Taelia a Kalecgos—. Lady Jaina tenía muchas ganas de venir, pero está bastante ocupada. Tenemos problemas de... piratas.

—¿Piratas? ¿Otra vez? —la interrumpió Flynn Vientopropicio, amigo de Taelia—. Mal asunto. ¿Bajo qué bandera navegan? Puede que sean viejos compañeros míos. Si lo son, te contaré todos sus trucos.

Kalec dedicó una risita educada.

—Lo dice en serio —aseguró Mathias Shaw con voz inexpresiva.

Flynn le sonrió alegremente, y Shaw torció los labios bajo el bigote... ¿Era eso una sonrisa? Wrathion pensó que aquello de que los opuestos se atraen era muy cierto en aquellos dos. Flynn era un pirata reformado y Shaw dirigía el IV:7 de Ventormenta, una agencia secreta; y, sin embargo, allí estaban, otra pareja feliz entre las muchas asistentes. ¿Es que nadie había venido solo?

—¡Wrathion! —lo saludó Kalec con todo afectuoso—. Me alegro de que hayas decidido venir.

Wrathion levantó la copa de vino de arco:

—No se me pasaría por la cabeza ausentarme. Sería una pena perderse un vino tan bueno... y tan buena compañía.

Taelia abrió los ojos de par en par y avanzó hacia él:

—Es un honor conocerte. He oído que el mundo está en deuda contigo.

Wrathion inclinó la cabeza, complacido.

—Sirvo a Azeroth de buen grado de todas las formas que puedo. Como todos nosotros —añadió cortésmente mientras señalaba el mar de invitados.

Derek Valiente se acercó con Calia y Lillian y se quitó el sombrero.

—Taelia, me alegro de verte, aunque desearía que mi querida hermana hubiera venido también.

Wrathion se quedó estupefacto al ver a Taelia saludarles con afecto. Ahí estaba el hermano de Jaina, un Renegado, acogido por su familia y

sus antiguos compatriotas. Y, aun así, se quedaba al lado de Calia.

*En teoría, pensó, tiene enemigos en ambos bandos, pero también tiene familia, de sangre o no, en ambos bandos.* Se dio cuenta de que quizás sentía un poco de... envidia.

Decidió tomar nota de los demás que no estaban ausentes.

—Veo que no se ha presentado ningún elfo de la noche —comentó sin darle importancia.

Sus Garfas le habían comunicado que Tyrande y Malfurion aún sentían resquemor por lo que veían como una falta de respeto por parte de la Alianza durante la guerra. Además, según había sabido, los kaldorei estaban absortos en un proyecto nuevo. Lo que no sabía era su naturaleza... Aún.

Taelia miró a su alrededor:

—Estoy segura de que han invitado a los elfos de la noche.

—Yo también lo estoy —respondió Wrathion mientras tomaba un sorbo al vino—. Veo a la reina Mia.

La reina había venido en representación de su esposo; era una sabia decisión, pues se decía que el rey Genn Cringrís no dejaba en su aversión por la Horda. Además, la menuda y sociable Mia, con su mezcla de amabilidad y vivaz pragmatismo, levantaba los ánimos con su sola presencia. En aquel momento estaba sirviéndose un plato de bocados de Suramar junto a una mesa cercana.

La comitiva de Renegados intercambió miradas incómodas.

—Ha sido un placer volver a ver a la reina —dijo Calia con tono

diplomático.

Wrathion se quedó mirando la conversación entre Mia y Alleria Brisaveloz. La reina susurró algo a la forestal y esta rompió a reír, lo que hizo que Wrathion enarcara una ceja: Alleria siempre estaba seria. Igual que Turalyon, que ahora charlaba con Talanji delante de la enorme tarta nupcial de color morado que Thalyssra había colocado en un carrito para moverla y dejar que todos tuvieran la oportunidad de verla en su esplendor antes de cortarla. Wrathion se dio cuenta de que Turalyon parecía estar curiosamente relajado para encontrarse en territorio de la Horda.

El dragón negro apartó la mirada y pensó que ese comportamiento evidenciaba los cambios que habían traído los cinco últimos años. Sus leales espías le habían informado sobre tensiones entre los dos bandos, como cabía esperar después de mil años de guerra; pero, al parecer, el paladín de la Luz y la elfa del Vacío habían logrado reavivar lo que fuese un amorío legendario.

—Wrathion —dijo Kalec, mirándolo con curiosidad—. ¿Te encuentras bien?

—Mejor que nunca —mintió el aludido. Levantó la copa hacia el grupo e inclinó la cabeza—. Tendréis que perdonarme, creo que he visto a Magni relucir por ahí. Voy a saludar.

Era cierto que lo había visto relucir. Relucía con frecuencia, a veces de manera deslumbrante. Por suerte, el suave crepúsculo de Suramar no generaba tanto resplandor. Justo antes de que Alamuerte emergiera

de la tierra, sembrando destrucción y muerte, el antiguo rey enano había intentado un ritual para hablar con el mismísimo Azeroth. Había salido bien..., con una salvedad: aunque Magni era ahora el Portavoz de Azeroth, se había convertido en diamante macizo. Pero eso no parecía molestarle, ni a él ni a su familia. Magni, sus hermanos y su hija estaban riendo a carcajadas junto al joven trol Zekhan, que los miraba fascinado.

Wrathion abrió los brazos al acercarse a ellos.

—¡Magni! —exclamó, francamente contento de ver a su antiguo aliado en la lucha contra N'Zoth.

—¡Ah, Wrathion! Ven aquí, muchacho, deja que te presente a mi familia. Mis hermanos, Muradin y Brann, y mi querida hija Moira.

—Ya conocía vuestros nombres, por supuesto —dijo Wrathion con un guiño deslumbrante, y era cierto—, y es un verdadero placer conoceros por fin —añadió mientras admiraba al animado grupo.

—Oh, nosotros también te conocemos —contestó Moira—, ¡mi padre no deja de hablar de ti!

Wrathion, sorprendido con la guardia baja, quedó casi desarmado por la cálida acogida. El sentimiento era... contagioso.

Sin proponérselo, Magni acudió al rescate:

—Los Barbabronce acabamos de regresar de explorar Rasganorte, ¿y quién iba a oírnos hablar, sino el joven Zekhan?

Zekhan estaba casi incandescente de placer.

—Es un honor conocerte, Zekhan. Sin embargo, creo que aún debo presentarme a alguien más. Moira, ¿te acompaña hoy el futuro emper-

Mientras apuraba la copa, volvió a sentir aquel extraño dolor en el pecho.

*«Eres mi legado... Jamás podrás escapar de mi sombra...».*

ador?

—Sí. Aunque he tenido que apartarlo a empujones de un libro, me alegro de haberlo hecho. Está por allí.

Según los informes de sus garfas, Dagran II, hijo de una princesa Barbabronce y de un emperador Hierro Negro, era aspirante a ambos tronos. Su aspecto físico combinaba rasgos de ambos progenitores. Tenía la piel de un cálido color gris y los ojos verdes. Por lo que decían, estos dejaban escapar de vez en cuando un destello de rojo intenso. Llevaba el pelo blanco recogido en una trenza y cubría su cuerpo desgarrado con un traje elegante, que seguramente había estropeado sentándose en la hierba bajo un árbol. A su lado se encontraba Arator, hojeando un enorme libro, quizás el que Moira había hecho abandonar a Dragan, mientras charlaban. Estaba charlando amistosamente mientras el muchacho enano examinaba una preciosa daga ceremonial que Arator lucía para la boda.

—Dagran es mi propio corazón encarnado —musitó Magni— y el joven Arator es un buen muchacho. Muy gentil. Dagran no tuvo

muchos amigos mientras crecía.

Wrathion entendía lo que era tener pocos amigos... o ninguno en absoluto. Él nunca había sido niño, en realidad; tuvo que madurar tan rápido y asumir un propósito tan oscuro que no le quedo tiempo para jugar. Desde luego, las guerras y los conflictos tampoco habían ayudado. Conocer a Anduin en Pandaria había sido al mismo tiempo un regalo y una maldición. Un regalo porque le había enseñado que alguien podía considerarlo merecedor de su atención; una maldición porque él había elegido abusar de la confianza de Anduin en sus equivocados esfuerzos por proteger Azeroth. Cuando volvieron a verse años después, el encuentro había sido... En fin, baste decir que Anduin tenía un gancho cruzado mucho más eficaz de lo que Wrathion creía. Esperaba que pudieran reconciliarse cuando Anduin volviera de... dondequiera que estuviese.

Mientras apuraba la copa, volvió a sentir aquel extraño dolor en el pecho.

*«Eres mi legado... Jamás podrás escapar de mi sombra...».*

—¿Quieres que os presente? —La pregunta de Moira sobresaltó al dragón negro.

—Parecen estar a gusto. Voy a estirar las piernas un poco. Ha sido un placer conocerlos.

Más allá se veía un tranquilo estanque. No sabía si era por el vino de arco, por la cantidad de invitados que lo rodeaban o por el dolor, pero decidió pasear un rato y marcharse a continuación.

*No tenía que haber venido. Debí dejar que mis espías me informaran para...*

¿Para qué? No encontraría nunca las Islas Dragón. Nunca lograría tener un amigo verdadero y conservarlo, ni inspirar a las tropas, ni degustar la clase de alegría que Lor'themar y Thalysra y los Barbrabronce habían alcanzado. Con los ojos puestos en el estanque, se dirigió deprisa hacia allí, pero se detuvo con un gruñido al oír una voz cálida y tonante que lo llamaba.

—¡Ah, Wrathion! ¡Ahí estás!

El dragón cerró los ojos y se volvió con una sonrisa forzada.

—¡Baine! ¡Mayla!

La tarta ambulante había llegado a su rincón; Wrathion aprovechó el paso de un sirviente para servirse otra copa de vino de arco. Le vendría bien.

—Me sorprende y me agrada que hayas decidido venir —dijo Baine.

—Bueno, ¿cómo no iba a venir? La lista de invitados incluía a los mejores y más ilustres habitantes de Azeroth.

Se rieron. Él dio un trago. Mayla deslizó el brazo bajo el de Baine y el gran jefe le puso la mano encima. Wrathion tuvo que combatir el impulso de arrojar la copa contra el suelo.

Había esperado que la boda fuera simplemente una boda, pero era mucho más, y por todas partes bullía esa sensación ineludible de compañía, amor y conexión, como una especie de plaga de felicidad que estallaba para envolverlos a todos y sofocarlos a base de tierna satisfac-

ción. A todos, menos a él, por supuesto. A él... y a aquel tauren de allí.

Tenía el pelo negro y marcas blancas en el hocico. No iba vestido de etiqueta, como pedía la invitación, pero llevaba una toga chamánica y un bastón.

Y los estaba mirando fijamente.

—Ah, disculpa, jefe —dijo Wrathion a Blaine sin quitarle el ojo de encima al extraño—, pero... ¿es amigo tuyo aquel tipo huraño de allí?

Baine siguió su mirada y frunció el ceño.

—Es Kurog, uno de los Tótem Siniestro de Magatha —respondió, prácticamente escupiendo las palabras.

La vehemencia de Baine estaba justificada. Gracias a sus espías, Wrathion sabía que Magatha Tótem Siniestro había envenenado el arma que mató a Cairne, el padre de Baine, convirtiendo así un leve roce en su sentencia de muerte y provocando un cambio de poder. Cima del Trueno no tardó en retornar a las manos de los Pezuña de Sangre; aunque Baine fue generoso y se limitó a exiliar a los Tótem Siniestro, los viejos rencores seguían vivos. Muy vivos, a juzgar por el semblante del intruso. Kurog se dirigió hacia ellos.

—Thalysra y Lor'themar se deshonran al invitar a dragones y, más aún, a un dragón negro, el más antinatural de todos ellos —proclamó el chamán.

Wrathion no entendía cómo podía saber tanto de dragones negros un chamán. Al oír esto, la mano con la que sujetaba la copa tembló, pero solo un instante.

*Placas de metal conteniéndolo... Obligando al magma a conservar su forma...*

Tomó aliento para controlarse. Actuaría como debía hacerlo un futuro Aspecto, no como un monstruo. Con una sonrisa, inclinó cortésmente la cabeza mientras tomaba nota de las muchas caras que se volvían hacia ellos. ¿Era así como terminaba la actuación?

—No deberías estar aquí —dijo Baine.

—Tengo tanto derecho a estar como tú —replicó Kurog.

Wrathion refrenó la lengua.

—Soy un chamán —continuó Kurog—. Es mi prerrogativa pisar cualquier suelo.

—Ah, eso lo dudo mucho —respondió Wrathion con voz suave como el cristal—. Los Nocheterna han sufrido demasiado protegiendo Suramar como para permitir que gentuza como tú lo pisotee. Por cierto, ¿dónde está tu invitación? —La de Wrathion estaba en su bolsillo, arrugada por su acceso de ira—. ¿Quién te ha dejado entrar? No importa; será un placer acompañarte a la salida antes de que nadie vea cómo te pones en evidencia.

Wrathion era consciente de las miradas calladas de los curiosos. *Deja que miren.*

—¿Cómo te hicieron, Wrathion? —continuó Kurog mientras lo estudiaba—. ¿Con trozos de cadáveres, quizá? Tú y tu especie depravada... Sois el mismo emblema de todo lo degenerado que hay en este mundo.

Aunque muchos de los curiosos murmuraban espantados por las

palabras de Kurog, Wrathion oyó una voz entre el gentío que animaba al tauren.

Sintió un escalofrío, pero no por la voz discordante, sino, más bien, por lo extraño que resultaba que un chamán conociera aquel dato tan terrible y concreto. Se preguntó si sería él la razón por la que habían hecho acto de presencia los tauren...

Kurog sonrió con malevolencia, una sonrisa torcida, cruel y rebosante de júbilo ante la turbación de Wrathion.

—Podrías salvar Azeroth mil veces y seguirías sin formar parte natural de él. Eres un proscrito. Nunca eliminarás el hedor de tu naturaleza.

*Un esqueleto de hierro, no de huesos... La ira que arde con más intensidad que el fuego...*

Hubo un chasquido.

El dolor floreció en la mano de Wrathion al sentir cómo se clavaban en ella los fragmentos de la copa que había aplastado. Sin prestarle atención, se adelantó hacia el chamán, le agarró la toga y levantó al enorme tauren como si no pesara nada.

—¡Podría carbonizarte en un parpadeo! —rugió con voz ronca, profunda y... desconocida. Zarandó al chamán mientras proseguía—: Con un solo gesto de mis garras, tu fuerza vital se derramaría sobre el...

*Las arenas del tiempo... Manchadas con la sangre de tantos... Las erupciones de magma... Mi propio Vuelo viniendo contra mí... Y la sombra, siempre la sombra...*

Wrathion sintió una mano en el brazo, la de Kalec. Necesitó hasta el

último resquicio de autocontrol para no volverse también contra él.

—Suéltalo. Vamos —dijo con calma el dragón azul.

Wrathion respiró hondo varias veces antes de arrojar a Kurog hacia atrás. El chamán se tambaleó y chocó contra el carrito que llevaba la tarta nupcial con forma de fuente. Antes de que el sirviente, horrorizado, pudiera reaccionar, el carrito se volcó y la hermosa columna de repostería fue a dar en el suelo de piedra.

Kurog se enderezó con la ayuda del bastón y, por un instante, pareció presto a embestir.

Algunos curiosos gritaban apoyando a Wrathion; otros jaleaban a Kurog. Kalec intentó poner la mano en el hombro de Wrathion para confortarlo, pero, esta vez, el dragón negro se la sacudió. Entornó los ojos hasta transformarlos en sendas ranuras rojas, listo para lanzarse contra el tauren.

—¡Quietos! —La voz de Thalyssra, antes amable y melodiosa, restalló como un látigo.

Wrathion quedó inmóvil, igual que Kurog.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó la primera arcanista, controlando a duras penas su furia. Tenía las manos resplandecientes con una energía tan palpable que Wrathion casi podía olerla. Examinó la multitud y luego su tarta nupcial destrozada.

Wrathion hizo ademán de responder.

—¡Este Tótem Siniestro —le interrumpió Mayla, con voz casi tan firme como la de Thalyssra— se ha colado en tus tierras y ha irrumpido

en tu celebración solo para hostigar a tus invitados!

Thalysra se giró hacia Kurog y examinó al aludido.

—Te voy a mostrar más cortesía de la que tú has demostrado, tauren, y permitiré que te marches por tu propio pie. Vete. Antes de que cambie de idea.

La magia que latía en sus manos no había aminorado ni por un instante.

Hay dos tipos de agresores, como bien sabía Wrathion: los que decaen como una flor ante la nevada, y los que, pese a las advertencias, no se resisten a dar un último golpe.

Kurog debía ser de los segundos, porque escupió a los pies de Wrathion, antes de lanzar una mirada soberbia a la multitud:

—Pronto conoceréis todos el poder de los tauren.

Dicho esto, inclinó la cabeza con fingida cortesía ante Thalysra, miró a Baine y Mayla con desdén y se encaminó a la salida.

Baine y los demás parecían tan desconcertados como Wrathion por la advertencia del tauren.

Thalysra hizo un gesto con la cabeza a Silgryn, que se puso en movimiento sin decir nada. El esgrimista de hechizos se aseguraría de que Kurog encontrara la puerta. Wrathion reparó en que varios de los asistentes le sonreían incómodos mientras miraban airados al chamán. Otros lo observaban a él con desdén, sin ocultar su aversión; el fino oído de Wrathion captaba las palabras crueles que creían fuera de su alcance.

Pero había otra voz en su cabeza.

*«Eres mi legado... Jamás podrás escapar de mi sombra...».*

Se irguió y recorrió la tarta con la mirada, antes de dirigirla a sus manos. La ira se había desvanecido, y el otro dolor, peor que la rabia, empezaba a asomar de nuevo.

Sintió el calor en la cara y maldijo en silencio su falta de control.

Recuperada la compostura, dijo:

—Lamento no haberme expresado de un modo más... civilizado.

En un esfuerzo por recobrar la dignidad que había hecho trizas, se forzó a mirar a Thalysra y Lor'themar:

—Siento haber causado semejante incidente.

—No es necesario disculparse —dijo Lor'themar guiñando un ojo—. Los pasteleros tienen muchas más tartas preparadas.

—Sentimos que nuestra seguridad no fuera suficiente —añadió Thalysra—. Ningún invitado tendría que verse expuesto a tales insidias.

—Sois muy amables, pero yo debí haber notado que, para algunos, mi presencia aquí era... una provocación. Espero que esto no emborrone el recuerdo de esta ocasión tan gozosa. Debo marcharme; os deseo la mayor de las felicidades en todos vuestros días.

Nadie protestó.

—Tienes toda mi gratitud —intervino Baine—. Kurog es un chamán poderoso. Habría...

Wrathion alzó una mano mientras esbozaba una sonrisa encantadora.

—No me lo agradezcas.

Dicho esto, el dragón negro saludó con la cabeza, levantó los hombros y se marchó sin más.



Wrathion ignoraba a quién representaban las imponentes estatuas del viñedo, dos Nocheterna que portaban sendos confalones al vuelo. El asta de los confalones estaba adornada con una luna creciente que ofrecía una superficie cómoda, y eso era todo lo que necesitaba saber. Se tumbó en una de ellas con las largas piernas cruzadas por los tobillos y las manos enlazadas tras la cabeza.

Se sentía tremendamente cansado y un poco bebido. Entre la búsqueda infructuosa de las Islas Dragón y la funesta pesadilla que le impedía dormir a pierna suelta, su resistencia había llegado al límite; sumando a esto la insistente punzada del pecho que lo acosaba durante la vigilia, era fácil entender por qué había bebido tanto vino en las últimas horas.

El desastre de ese día no había hecho más que reforzar las ideas obsesivas que tenía sobre sí mismo. Los curiosos habían pasado con rapidez a la mofa. Perdía los estribos con facilidad y no servía como dirigente; menos aún después de amenazar a Kurog con tanta violencia por unas simples palabras. Incluso ahora, sentía la sombra de Alamuerte sobre sí.

Era estúpido haber esperado otra cosa.

Su sombría ensoñación quedó interrumpida por una voz que lo llamaba por su nombre. La ignoró.

—¡Wrathion! —volvió a llamar la voz.

Suspirando, el dragón negro miró hacia abajo. Como él, el otro dragón exhibía aún su forma de rostro, tan llamativa como su forma verdadera.

—¡Kalecgos! ¿Qué quieres de mí?

El dragón azul levantó una botella de vino de arco y dos copas.

—Ayuda para beber esta cosecha exquisita.

*No es tan mala idea.* La boda no le había servido para escapar de su inquietud creciente; tal vez lo consiguiera con más vino de arco. Tras cambiar a su forma verdadera, Wrathion saltó de su alto camastro y recuperó su forma de rostro al llegar al suelo.

—Mi compañía no será muy placentera —dijo mientras aceptaba la copa que le ofrecía Kalec al tiempo que recordaba las frases de la invitación—, pero acepto la tuya con gusto.

Kalec lo miró con compasión mientras caminaban hacia un banco y se sentaban.

—Tú no has tenido la culpa, Wrathion. A ti te invitaron; al Tótem Siniestro, no. Solo vino a causar problemas y, por desgracia, lo ha conseguido. Los tauren son un pueblo grande y amable. —Llenó la copa de Wrathion—. Al menos, en su mayoría; siempre hay excepciones, por supuesto.

—Salvo para los dragones negros, por lo visto —replicó Wrathion—. El odio a mi Vuelo es bastante unánime, ¿no te parece? Hasta yo mismo sentí la necesidad de... diezmar su número. —Pensó en la cara de algunos invitados a la boda antes de que se marchara. El miedo. La

repugnancia. La voz de Alamuerte en su mente. Y añadió—: Kurog no era el único en su aversión.

—Desempeñaste un papel principal en la derrota de N'Zoth.

—Y también en acontecimientos mucho menos edificantes. —Tomó un sorbo del vino, dulce y fuerte—. Ojalá no hubiera venido. Estoy seguro de que Lor'themar y Thalyssra piensan lo mismo.

Kalec dio también un sorbo a su copa.

—Para empezar, dejaron claro que les enfurecía que alguien se colara para insultar a varios de sus honorables invitados.

Una sonrisa agria torció un lado de la boca de Wrathion.

—Tal vez. Pero, de ser así, es solo porque ellos, como tú, son excepcionalmente amables y abiertos de mente. Los demás... En fin, los dragones negros les servimos como moraleja.

Kalec apretó los labios y suspiró.

—Los demás podrían encontrar... dificultades para confiar en tu Vuelo —dijo con calma—. Yo entiendo un poco de eso. También sé que, probablemente, nunca descubriremos si Neltharion adoptó la locura de los dioses antiguos por su propia voluntad.

Wrathion apartó la mirada. No quería dejar ver lo hondo que le llegaban esas palabras.

—Es posible que fuera víctima de su influencia y no deseara ese destino —dijo Kalec y, tras una pausa, añadió—: Del mismo modo que Malygos no deseaba el dolor que torció su mente y su espíritu hasta la crueldad.

Wrathion no solía estremecerse. Tampoco lo hizo ahora, pero sintió el impulso. Le habían contado que el primer Aspecto del Vuelo Azul había sido afectuoso, divertido y amable... Muy parecido a Kalegos, pensó. Pero, cuando mataron a la mayor parte de su Vuelo, la mente del Aspecto azul se hundió en el dolor durante siglos. Cuando Malygos se recuperó, había cambiado tanto que intentó exterminar a los mortales que se atrevían a usar la magia. Al final, su propia gente no tuvo más remedio que atacarlo y matarlo.

—Como he dicho, eres amable hasta el punto de omitir que fue la traición de Neltharion, su amigo más querido, lo que destruyó a Malygos e hizo pagar tan alto precio a tu Vuelo.

—Me han contado que estaban muy unidos. Por desgracia, los secretos que compartieron se han perdido en el tiempo. —Kalec se sirvió otra copa de vino de arco y siguió hablando con voz segura y firme—. Pero tú, Wrathion, no eres Neltharion.

*Ojalá pudiera creerlo de verdad...*

¿No se había convertido Neltharion en Alamuerte? ¿En quién se convertiría Wrathion?

Chocó su copa con la de Kalec.

—Ni tú eres Malygos.

Pretendía que fuera un elogio, pero vio que Kalec hundía los hombros. El dragón azul rio con tristeza.

—Ya no soy casi nada. Apenas queda nada del Vuelo Azul. No tendríamos que habernos separado siendo tan pocos.

no es tanto dolor como pesar. En mi vida, ha habido varios momentos en los que me he sentido... desolado. Solo. Como si hubiera algo que quería, que necesitaba, pero no podía tener.

Kalec apretó una mano contra el pecho y luego la dejó caer mientras miraba hacia la noche.

Los Aspectos habían renunciado a sus poderes titánicos para destruir a Alamuerte de una vez por todas. Seguían siendo dragones, por supuesto, pero de Aspectos solo les quedaba el nombre. Por lo que Wrathion sabía, los azules se habían dispersado por lugares aislados de todo el mundo.

—¡Qué buena pareja hacemos! —exclamó Wrathion para levantarle el ánimo, o quizás porque el vino de arco dejaba salir su faceta más alegre—. Dos jóvenes dragones, guapos y brillantes... y sin Vuelo. Ya que ninguno de los dos tiene una compañía digna de tal nombre, sugiero que, igual que nuestros Aspectos fueron amigos, lo seamos nosotros también. Como suelen bromear los mortales: mal de muchos, consuelo de tontos.

Eso arrancó a Kalecgos una sincera carcajada.

—Tú ayudaste a matar a un dios antiguo; puede que los otros nos eviten. Pero... hay algo que me inspira curiosidad. La última vez que

hablamos, preguntaste por las Islas Dragón. Siento no haber sido de más ayuda: tengo tan vetado como tú ese conocimiento. ¿Has descubierto algo más?

—Nada —respondió Wrathion mirando al cielo—. Tú fuiste el único que me contó algo de valor: que la magia de aquella tierra había quedado latente hacía mucho tiempo.

—Yo ni siquiera había nacido entonces. Me cuesta creer que solo obtuvieras ese dato absurdo. ¿Con quién más has hablado?

Wrathion contó con los dedos.

—Le pregunté a Cromi si sabía dónde estaban —dijo, refiriéndose a la dragona bronce—. Dijo que sí; luego, que no, y luego reconoció que estaba confusa. Ysera... ya no está. —Por un instante, le entristeció la ausencia de la Aspecto del Vuelo Verde—. Y Nozdormu ni siquiera me concede audiencia.

Nozdormu, líder del Vuelo Bronce, estaba ocupado manteniendo las infinitas líneas temporales.

—¿Y Alexstrasza? —preguntó Kalec, procurando mantener un tono neutral al traer a colación a la Aspecto del Vuelo Rojo.

Los rojos y Wrathion tenían una historia bastante complicada que incluía guerras fratricidas en más de una ocasión. Desesperado en su búsqueda de información, se había tragado el orgullo para hablar con la reina dragón, que mostró una inesperada amabilidad. Aun así, se limitó a suspirar y decir: «Ese lugar está perdido para nosotros».

—Nada digno de mención —dijo simplemente.

Se sentía tan desanimado como parecía; ya llevaba tiempo así, y cada vez le costaba más trabajo ocultar su dolor a los demás. Asistir a la boda había intensificado ese sentimiento. Tenía la mano en el pecho y la apretaba como para mitigar el dolor. Al alzar la vista, vio que Kalec hacía el mismo gesto.

—Kalec... —preguntó Wrathion despacio—, ¿te duele algo?

Kalec, perdido en sus pensamientos, se sobresaltó.

—¡Ah! No, no... Bueno —se corrigió—, no es tanto dolor como pesar. En mi vida, ha habido varios momentos en los que me he sentido... desolado. Solo. Como si hubiera algo que quería, que necesitaba, pero no podía tener.

—Yo tengo la misma sensación —afirmó Wrathion entornando los ojos rojos—. Como si tuviera un peso en el pecho... Una sensación en los huesos que no logro describir...

—¡Sí! ¡Exacto! —exclamó Kalec—. Y también es... como si me faltara una parte de mí mismo que no sabía que tuviera, pero... que echo de menos.

Se miraron uno a otro durante largo rato.

Wrathion habló con cautela:

—Si los dos experimentamos la misma sensación...

—Es posible que otros dragones la sientan también —susurró Kalec.

Por primera vez en mucho tiempo, un destello de esperanza parpadeó en el interior de Wrathion, y le invadió el deseo de encontrarse con alguien, como si lo llamaran.

—Me repugna volver a humillarme y no sé si encontraremos respuestas, pero quizás deberíamos...

—Ir al Reposo del Dragón y hacer más preguntas a Alexstrasza.

Wrathion alzó una ceja.

—Vamos a dejar de completar las frases del otro, ¿quieres?

Kalec se rio y movió las manos con elegancia para abrir un portal. Más allá de su centro podía verse un paisaje fresco, verdoso y azulado.

—Perfecto. Ya me estaba hartando demasiado de tanto morado.

Y con esto, Wrathion lo atravesó.



—Parece que no estamos solos en nuestra misteriosa dolencia — señaló Wrathion.

—Eso es quedarse corto —murmuró Kalec.

Se habían materializado junto a la base del Templo del Reposo del Dragón y se hallaban en medio de la mayor congregación de dragones que Wrathion había visto nunca. Algunos mostraban su rostro, y a Wrathion no se le escapaba que, de vez en cuando, muchos se llevaban la mano al pecho, *sobre el corazón*, mientras esperaban el discurso de la reina dragón.

Desde luego, Wrathion no esperaba ver allí a nadie de su propio Vuelo. Había muchos dragones bronce y rojos, y también bastantes verdes, pero le entristeció encontrar tan pocos dragones azules en comparación. Kalec tenía razón, se habían dispersado.

*Apenas queda nada del Vuelo Azul...*

—Si quieres, quédate aquí esperando con el resto —dijo a Kalec—, pero yo me niego a malgastar un momento más.

La molesta sensación no estaba menguando, sino aumentando. De modo que dio media vuelta y voló directamente a la parte alta del templo. Se había acabado lo de esperar. Esperar a encontrar las Islas Dragón, esperar a que el sueño dejara de atormentarlo, esperar a entender qué era aquella dichosa sensación y por qué temía lo desconocido.

Sin embargo, al recordar la felicidad que había presenciado en la boda, la calidez de los seres queridos, el poder de la conexión, temió que lo que pudiera decirle Alexstrasza no fuese bueno; que lo que buscaba su corazón, por mucho que consiguiera ponerle nombre, nunca fuera suyo.

Alexstrasza había adoptado su forma de rostro, con aquel cabello largo y rojo que era casi del mismo tono que la capa, y miraba a los dragones reunidos a sus pies. La acompañaba Nozdormu. A menudo, su inexpresividad impedía que Wrathion le entendiera, y eso estaba bien, teniendo en cuenta su profundo conocimiento del pasado y el futuro. Ahora, sin embargo, estaba pensativo. Distante.

Junto a él se encontraba la hija de Ysera, Merithra, que había ascendido a cabeza informal del Vuelo Verde tras la pérdida de su madre. Aunque Merithra tenía la mano sobre el corazón, no parecía angustiada. Más bien, su cara de elfa de la noche mostraba... *¿paz?*

—Alexstrasza, esta sensación, este... —Incapaz de encontrar las palabras, Wrathion se golpeó el pecho—. *¿Qué nos está pasando?*

Ella se giró; su cara, como en su última visita, era suave y resplandecía de alegría.

—Directo al grano. Siempre fiel a tu estilo, Wrathion —respondió la dragona roja con gentil alborozo.

—Vaya, gracias.

Alexstrasza se acercó y, con suavidad, como si nunca hubiera existido desconfianza o resentimiento entre ambos, le puso la mano en la cara. Él lo permitió, sorprendido de sí mismo, al comprender que la importancia de aquel momento trascendía cualquier rencilla.

—Joven —dijo la reina dragón, intercambiando una mirada de entendimiento con Nozdormu—, has oído la llamada... y has respondido.

Wrathion no comprendía.

—¿La llamada?

—Sí, la llamada —respondió ella, dirigiéndose a todos los que la rodeaban—. La que tanto esperábamos. Todos nosotros, los de aquí, los de abajo, los de todo el mundo, hemos recibido una llamada y la hemos escuchado con el corazón. Las Islas Dragón aguardan nuestro regreso.

—Pero... —Wrathion sacudió la cabeza, aún desconcertado.

—Wrathion —continuó ella con suavidad—, lo que sientes es nostalgia.

El dolor, la añoranza desconsolada de algo que nunca había tenido...

*¿Nostalgia?*

Las Islas Dragón nunca se le habían negado. Solo estaban aguardando. A él y a todos los demás dragones de Azeroth. Su gente. Wrathion

—Wrathion —continuó ella con suavidad—, lo que sientes es nostalgia. El dolor, la añoranza desconsolada de algo que nunca había tenido...

*¿Nostalgia?*

no estaba excluido.

Era bien recibido.

Formaba parte de algo.

Ahora que sabía lo que significaba el dolor de su pecho, este se disipó para transformarse en algo cercano al júbilo. Y mientras la reina dragón se volvía para seguir comunicando la gozosa revelación a todos los congregados abajo, Wrathion, el Príncipe Negro, el dragón sin Vuelo, comprendió que su pesadilla recurrente albergaba también el poder de la transformación.

Ya no la veía como la predicción inevitable de una caída en la oscuridad, sino como un desafío que debía aceptar y superar. Todos los dragónicos eran ahora su familia. Abajo, los dragones aplaudían y vitoreaban casi al unísono ante la noticia.

—Nostalgia... —musitó para sus adentros.

Pero ahora tenía un hogar. Y pronto... pronto tendría un Vuelo.

Pensó en los votos que había visto pronunciar antes, promesas de devoción y afecto perpetuos, e hizo el suyo ahora.

Sería él, y no Alamuerte, quien  
guiaría a su Vuelo hacia el futuro.

Era una promesa que pensaba  
mantener.



# CRÉDITOS



## **AUTORA:**

Christie Golden

## **EDICIÓN:**

Eric Geron

## **DISEÑO:**

Einav Aviram

## **PRODUCCIÓN:**

Brianne Messina

## **ASESORÍA DE TRASFONDO:**

Courtney Chavez, Sean Copeland,  
Damien Jahrsdoerfer, Justin Parker

## **CONSULTORÍA CREATIVA:**

Ely Cannon, Steve Danuser, Korey Regan

## **AGRADECIMIENTOS ESPECIALES:**

Matthew Cohan, Elana Cohen, Ed Fox, Chloe Fraboni,  
Jamie Ortiz, Corey Peterschmidt

## **TRADUCCIÓN:**

Maira Belmonte de Rueda, Manuel Mata Álvarez-Santullano